

notas/reseñas



Minicurso para borrar al escritor cubano del exilio

Octavio Armand

En el número 6 de **escandalar** se publicó una nota sobre la literatura latinoamericana del exilio del amigo y colaborador Julio Ortega, que soslayaba el caso cubano. Antes había aparecido en México un ensayo que rigurosamente escamoteaba la trágica realidad de la diáspora: "La riesgosa navegación del escritor latinoamericano del exilio," de Angel Rama. A esos trabajos se pueden sumar muchos otros, idénticos no por lo que dicen sino por lo que no dicen, lo que no quieren decir o lo que no se atreven a decir. La omisión sistemática del caso cubano en los cada día más numerosos planteamientos sobre el exilio latinoamericano constituye más que la pequeña solución política de algunos un grave problema moral para todos. Por eso acepté participar en la reu-

nión del P.E.N. Center de Nueva York celebrada en el mes de febrero. Por eso publico las páginas que leí al iniciarse la primera sesión del segundo y último día, cuyo tema era el exilio externo. Durante el primer día jamás se mencionó el caso de Cuba. La primera mención la hizo Octavio Paz inmediatamente antes de que yo leyera estas páginas: en un telegrama enviado desde México se solidarizó con los exilados de Argentina, Chile, Cuba, etc. El caso cubano volvió a plantearse gracias a la rectitud e independencia del norteamericano I.F. Stone y a la participación del cubano Carlos Franqui, quien habló de su experiencia revolucionaria, desde la época clandestina de **Revolución en La Habana** y de **Radio Rebelde** en la Sierra Maestra al exilio en Italia. Lamentablemente Angel Rama no pudo asistir a la reunión del P.E.N. Center. Hubiéramos deseado dialogar con él e invitarlo a publicar su ponencia en este número de **escandalar**.

¿Estoy aquí? ¿Estoy aquí? En más de

una ocasión me he oído haciendo esa pregunta. Ojalá a todos ustedes parezca totalmente absurda. Una vez me oí hacerla en una clase, en Swarthmore. Los estudiantes me miraban preocupados. Permanecieron callados pero mirándome, hasta que me di cuenta: algo ocupaba el blanco de todas sus miradas y ese blanco era yo. Luego hablamos de la extraña, a veces angustiante sensación que había tenido. Esa sensación no puede resumirse precisamente como un estado de irrealidad. Nunca siento la realidad tan intensamente como en esos momentos cuando pregunto ¿estoy aquí? Siento que soy, y que soy tremendamente, casi criminalmente. No se trata de una ausencia sino de un borrón: me borran, me borro, y permanezco como algo latente en un lugar que nunca llega a ser mío y que sin embargo nunca dejo de ocupar. Por eso mi sentido de perspectiva resulta poco renacentista: el punto de fuga en un cuadro no proviene de una estrategia óptica que hace resaltar un centro sino de un ocultamiento, de la profundidad acumulada, disimulada

bajo formas y colores. Viene no de la engañosa aunque persuasiva tridimensionalidad, sino de una real y a veces alarmante profundidad. Las patas borradas en **Felipe IV a caballo**, por ejemplo. Lo que Velázquez quiso ocultar reaparece, como si el tiempo fuera el verdadero pintor que sigue pintando dentro del cuadro. Si Velázquez logró en **Las Meninas** lo que su maestro Pacheco recomendaba: que la imagen salga del cuadro; en **Felipe IV a caballo** logró sin proponérselo algo aun más insólito: que la imagen venga al cuadro, que irrumpa en él violentamente. Podemos entonces, con las patas que sobran, llegar a los umbrales de lo moderno. Esas patas sugieren una obsesión de los futuristas: el movimiento, el instinto de velocidad. Entre el caballo de Velázquez y el perro de Balla la diferencia son patas de más o de menos.

Pero hay algo más. Yo no vi **Felipe IV a caballo** en el Museo del Prado; yo lo oí. Aquellas patas borradas que habían reaparecido, eso oculto que ahora asomaba insinuando movimiento, eran también los cascos de un caballo invisible resonando en los pasillos del museo. Ni Felipe IV ni Velázquez ni yo sabíamos cómo domarlo. De repente se nos había convertido en un caballo de Troya. La quinta pata como quinta columna. Moraleja: a caballo regalado no mirarle las patas.

¿Estoy aquí? He decidido no mirarle las patas a un caballo. Esas patas borradas que reaparecen me hacen sentir inquieto. De alguna manera me retratan, me delatan, pertenecen a mi autorretrato imaginario. Esas patas son como algunos cuadros de Magritte: la silueta vacía sobre un paisaje es el retrato de un hombre, alguien que está y no está—parte también de mi autorretrato imaginario. Al preguntar si estoy aquí es como si hablara desde esa silueta vacía de Magritte y por un instante pudiera enmarcar un espacio, un paisaje. Para estar, para desplazarse, esa silueta de Magritte, o aquellas patas que reaparecen, o yo mismo, tenemos que enmarcar un paisaje, llevarlo dentro.

La carencia de paisaje, pues, es también una redundancia de paisaje. Porque la silueta vacía que enmarca llega a Swarthmore, o a Bennington, o al PEN Center de Nueva York, y ocupa una silla, se sienta ante una mesa, pero parece estar alrededor de la silla, o alrededor de la mesa, aludiendo a otros paisajes, borrado, borrando, borrándose, como un animal que para sobrevivir como animal tiene que parecerse a una hoja, y vacía su silueta, interioriza el paisaje, lo enmarca.

Cito palabras de un exilado: "No estoy tan loco como para opinar nada

en estos tiempos o como para no opinar. Pero ya que te quedaste aquí, dirígete en seguida a la Legación o no lo hagas. Preséntate allá o no te presentes, porque es igual si te presentas que si no te presentas, te podrás exponer o no exponer a graves riesgos." En esa recomendación de un personaje de Gombrowicz a otro exilado polaco que acaba de llegar a Argentina, hay no solo el verdor del camuflaje sobre la hoja, sino el borrón de una lógica arisca, irrefutable. Desovan y se devoran las palabras unas a otras para que solo sea visible una sintaxis verdísima. El exilado polaco Witold Gombrowicz fue un gran amigo del exilado interno cubano Virgilio Piñera. Ambos son como patas que reaparecen.

Podríamos seguir hablando de paisajes enmarcados, de siluetas vacías, de ariscas redundancias. Podríamos leer el "Autorretrato" del cubano Cabrera Infante o ver entre sus otros exorcismos un mapa de Cuba que es una silueta vacía. Podríamos pararnos ante un ensamblaje de espejos de Robert Morris y vernos precisamente al no vernos. Podríamos pasar por el Segundo cementerio de la comunidad de judíos españoles y portugueses de Nueva York y lo primero que veríamos es que no lo vimos. Se trata de un paisaje mínimo y enmarcado. También: redundante. Un cementerio que es un museo, un cementerio muerto. Pero basta. Ya he definido el exilio. Ojalá que no se hayan dado cuenta. Porque eso también sería parte de la definición del exilio: que nadie se de cuenta. Al fin y al cabo hemos venido a hablar de borrones.

Quisiera hablar bien claro de borrones. Quisiera compartir con ustedes algunas observaciones de un escritor cubano en el exilio. Debo decirles primero que desgraciadamente cuento con un expediente óptimo para participar en esta reunión. Mi familia ha conocido no uno sino dos exilios: bajo la dictadura de Batista tuvimos que salir de Cuba, bajo la dictadura de Castro tuvimos que salir de Cuba. Esos dos exilios han confirmado algo que aprendí en mi primer curso de anatomía: es posible ser ambidextro. No me seduce el fascismo de la izquierda ni el fascismo de la derecha. Me repugna Pinochet tanto como Castro y Castro tanto como Pinochet. Como no soy político sino más bien ambidextro no puedo disimular o justificar la brutalidad de P porque es presunto enemigo del enemigo C, ni por supuesto disimular o justificar la brutalidad de C porque es presunto enemigo del enemigo P. P y C en última instancia sabrían entenderse perfectamente, como H y S en el 39.

Desde 1952, desde el golpe del entonces general pero siempre y eternamen-

te sargento Batista, he sido parte de una historia que insistentemente me borra la niñez, el entusiasmo, la esperanza, el paisaje. Empecé a escribir, creo, porque desde la infancia todo el mundo me decía que no hablara. En la escuela, cuando hablaba, me tenía que quedar después de clase y escribir quinientas o mil líneas: *No hablaré en clase. No hablaré en clase. No hablaré en clase.* . . . Esas quinientas o mil líneas fueron mis primeros textos. Mis padres, temiendo que yo pudiera manifiestar las convicciones de la familia, constantemente advertían que no hablara con nadie, que cuidado con lo que decía. No poder hablar más temprano que tarde se convirtió en poder escribir. La escritura era una manera de burlar las prohibiciones del mundo político, escolar y familiar. Entonces escribía quinientas o mil líneas precisamente para hablar en clase, para reirme de la maestra, para derrocar gobiernos, para conversar largas horas con Martí, a quien tuteaba por insistencia suya. Con la escritura pude superar al fin un castizo y categórico mandamiento: "Los niños hablan cuando la gallina mea."

Dije que no tengo una política. Ahora advierto que sí tengo, y creo que muy firmemente, una eticidad. Y es por un compromiso con esa eticidad, no por compromisos políticos, que participo en esta reunión: hablo porque en nuestras tierras la gallina mea. Quisiera que ustedes también me escucharan desde una eticidad, no desde una política.

¿Estoy aquí? ¿Todavía? Entonces sigo. Ahora llego quizá a lo más hiriente para un escritor cubano al hablar del exilio. Porque yo no he sido víctima solamente de dos exilios sino de un exilio doble. Me explico. Un escritor cubano no es únicamente exilado de su país sino que es también exilado del exilio latinoamericano. Está fuera de Cuba y fuera del exilio. No tiene derecho a su historia pero tampoco a una historia del exilio. El debe ser un fantasma entre fantasmas con vocación de estatua.

Primera lección para borrar al escritor cubano del exilio.

Comienza la lección con una cita de Teddy Roosevelt. Rough Rider que ahora mismo encaramo en el caballo de Felipe IV. TR escribió una carta a Henry White donde decía: "I am so angry with that infernal little Cuban republic that I would like to wipe its people off the face of the earth . . ." La actitud de TR no es un caso excepcional. Hay otros TR por ahí, anti-imperialistas que se comportan como el imperialista TR. Hay un fascismo de derecha y un fascismo de izquierda. Me parece criminal señalar uno y ha-

cerlo solo para encubrir al otro. No se puede tapar el fascismo con un dedo: las patas borradas reaparecen.

¿Cómo borrar al escritor cubano? La manera más respetable, quizá: declarar abiertamente la sumisión ideológica, o la conveniencia, que a puertas cerradas ya muchos confiesan, o la moral asumida como coartada fácil, sistemática. La ideología alquímicamente convertida en oro por abdicación del pensamiento, de la eticidad.

Pero hay otros medios, más insidiosos, que se amparan en la máscara y la supuesta objetividad del *scholar*. Buscar, por ejemplo, la solución final del problema cubano en la semántica. De Orwell a Marcuse, la advertencia es muy clara: no solo los poetas juegan con las palabras. Los burócratas y los comisarios saben algo de significantes y de polisemia. "Si un blanco mata—decía el negro guantanamero Ninito García—es h, o, m, i, c, i, d, a; si un negro mata, es asesino. Si la mamá del presidente roba, es c, l, e, p, t, ó, m, a, n, a; si mi mamá roba, es ladrona." Una manipulación similar es evidente cuando se habla—o no se habla—del exilio cubano. Quienes arriesgando la vida logran fugarse en una barcaza o asilarse en una embajada no son exilados ni asilados, sino gusanos, criminales. Por otra parte, tratándose de cubanos, dicen algunos, no se debe hablar de un exilio sino de una e, m, i, g, r, a, c, i, ó, n. No cabe duda: el burócrata es un pequeño dios. El comisario es un pequeño dios. El *scholar* es un pequeño dios. Y la escritura, el lenguaje—como ha dicho un poeta—es una porquería.

Otra posibilidad: el borrón hermenéutico. La solución puede ser, en sí, la definición del problema. Si se delimita bien qué es el exilio latinoamericano se puede excluir de antemano, en la solución, lo cubano. ¿Cómo borrar y aguantar simultáneamente la máscara del *scholar*? Fácil: limitar el enfoque de manera que por sistemática que sea la exclusión ocurra como por azar, sin que nadie se de cuenta o tenga que darse cuenta. Emplear, por ejemplo, una delimitación temporal o geográfica:

- 1) El exilio latinoamericano a partir de 1973
- 2) El exilio del cono sur
- 3) El exilio latinoamericano como desplazamiento hacia países latinoamericanos: México, Venezuela

Los estudiosos más precavidos, para que nadie pueda decir que se omite lo cubano, hacen a veces una ritual y curiosa mención, que resulta más hiriente que la omisión totalitaria. Por ejemplo, una ambigua alusión a Cuba que de alguna manera insinúa que existe un problema cubano, pero para

inmediatamente pasarlo por alto y dedicarse a un detallado análisis del problema argentino, uruguayo, chileno, todo menos el caso de Cuba. Otras medidas solo pueden explicarse como resultado de un cinismo ya profundo, estructural. ¿Ejemplos? Uno, la inevitable mención de Martí como figura prominente en la tradición del exilio latinoamericano, pero sin que por ello se deslice en lo más mínimo el tema del exilio cubano bajo Castro, que constituye el más dramático de América Latina, que lleva veinte años y afecta a un 10% de la población del país, porcentaje que aumentaría considerablemente si no existiesen tantas restricciones y hasta peligro de muerte para la salida.

Más curioso e hiriente aun: tocar el tema de Cuba pero nada menos que enfocando el castrismo como amparo de exilados latinoamericanos y por supuesto omitiendo que ese sistema que alberga a unos cientos de aliados ha ocasionado la expatriación de aproximadamente un millón de cubanos. Es posible, así, al tratar del exilio latinoamericano, hablar de la residencia de Mario Benedetti en Cuba, protegido por la burocracia cultural de la isla. Pero no es posible mencionar a Guillermo Cabrera Infante en Londres, a quien una mezquina campaña quiso borrar del todo. Ni a Lino Novás Calvo, que está muy enfermo aquí en Nueva York. Ni a Severo Sarduy en París. Ni a Gastón Baquero en Madrid. Ni al compositor Julián Orbón, que desde hace quince años vive a unas cuantas cuadras de aquí. Ni a Lydia Cabrera en Miami. Ni a Alfredo Lozano, Cundo Bermúdez, Aurelio de la Vega, Natalio Galán, Jorge Camacho, Enrique Labrador Ruiz, escritores, compositores, pintores. Ni a Lorenzo García Vega, que escribió un difícil diario del exilio, ya publicado, muerto y sepultado, y a quien ninguna burocracia cultural ni ninguna universidad ni nadie ha intentado ayudar, un Premio Nacional de Literatura que ha tenido que trabajar como portero de Gucci o *messenger boy* de la empresa Abrams.

Algunos por cobardía, o por cautela: los funcionarios de la izquierda no toleran que se plantee el caso cubano; otros con un cinismo francamente admirable, soslayan la realidad cubana. Este escamoteo es peligroso. Los latinoamericanos nos lamentamos del ciclo de tiranías y de injusticia que padecemos, pero por conveniencia ideológica, conveniencia que enmascara otros intereses, provocamos resentimiento, injusticia, hacemos borrones, y la historia se nos convierte en un sangriento palimpsesto, en un mentís. Nos quejamos del imperialismo norteamericano o del imperialismo ruso,

como si no tuviéramos imaginación o capacidad moral para reconocer los peligros que ambos han representado y representan para nosotros. Parece que nuestro pequeño y amargo destino será quejarnos siempre. Porque no solo somos torturados y torturadores sino que somos tuertos; y por tuertos, torturados y torturadores; y por torturados y torturadores, tuertos. Y parece que a pesar de pataleantes compromisos con izquierdas o derechas—o precisamente por ellos—seguiremos siendo irresponsables ante nuestra historia, que será escrita por otros. ¡Qué izquierda tan diestra tenemos! ¡Qué destino de payasos solemnes el nuestro! Un destino para estatuas y fantasmas de mármol.

¿Cómo es posible entonces que se hable de *compañerismo* o de *fraternidad* entre los exilados latinoamericanos? ¿Cómo es posible que García Márquez hable de un *compañerismo* que se sostiene prudentemente en la consigna o en la descarada conveniencia? El caso del escritor cubano, la exclusión y la hostilidad de que ha sido objeto sistemáticamente, muestran que esa *fraternidad* es una farsa. Entre esos exilados latinoamericanos que hablan como muñecos o ventrílocuos cabría más bien aludir a Darwin, a aquello de que la lucha entre especies de un mismo género es más rigurosa.

Segunda lección para borrar al escritor cubano del exilio.

En Mérida, Venezuela, hubo el año pasado un congreso no gubernamental sobre el exilio latinoamericano. Asistió Cortázar, que ha vivido en París muchos años, desde la prehistoria de los traumas políticos que han ocasionado la diáspora. Fue Cortázar pero no fueron invitados los exilados cubanos. No asistieron los exilados cubanos, pero a ese congreso no gubernamental sobre el exilio sí asistió Cortázar y asistieron funcionarios del gobierno de Castro. El exilio así se ha ido convirtiendo en club exclusivo, fiesta inenabarrable.

Otra alternativa para escamotear la historia. Si no se puede evitar enteramente la participación del cubano exilado en congresos del exilio, sugerir que sean invitados también algunos funcionarios del castrismo, para así lograr una presentación objetiva, equilibrada. Esto me parece una ofensa. Me parecería ofensivo que un chileno tuviera que compartir el escaso hueco del exilio con funcionarios de Pinochet; resulta inaceptable también que un cubano tenga que compartir el escaso hueco de su exilio con agentes castristas. Supongamos sin embargo que somos muy ecuanimes y diplomáticos, supongamos que tenemos tal vocación de objetividad que

somos capaces de encerrar lo subjetivo y sus llagas para compartir la mesa del exilio con opresores, ¿cómo sugerir que unos compartan la mesa y otros no?

Hay otra carta que algunos suelen jugar, la última carta. Si no es posible controlar la lista de invitados ni las palabras de los invitados, si no es posible excluir al cubano, exigir que el cubano sea dócil, que se muestre como arrepentido de estar y no estar entre fantasmas de mármol. Amenazar escándalo o boicoteo si se invita a X o si Y hace declaraciones políticas, declaraciones como las que ellos mismos infaliblemente han hecho y van a hacer.

Quiero hablar claro de borroneos. Que la exclusión es hiriente lo muestra un hecho que debiera conmover moralmente a quienes sin mala fe, o sin una mala fe ya oficial, notarial, han participado en la exclusión o apoyado los borroneos. Leí que en 1979 iba a celebrarse un congreso de escritores chilenos en Santiago de Chile. Leí que algunos escritores chilenos en el exilio exigieron dos cosas: participación, alegando que sin ellos sencillamente no podía celebrarse un congreso de escritores chilenos; y libertad de expresión, salvoconducto. Es curioso que le hayan exigido a Pinochet la participación, garantías, pues todos sabemos quien es el Sr. P. No obstante fue una táctica rigurosamente eficiente: si P acataba las exigencias sería atacado justa e impúnemente; si no las acataba, una vez más confirmaba ser exactamente lo que es: un dictador. No me sorprendió en absoluto leer que P había suspendido el congreso. Y me alegré por los escritores chilenos, por todo el pueblo de Chile: la celebración de un congreso de escritores en Chile cuando están en el exilio o en la cárcel tantos escritores e intelectuales, y también tantos obreros y campesinos, hubiera sido una farsa, una ceremonia cruel y vacía.

Ese congreso borrado, esa pata que reaparece, me permite volver al caso cubano. Porque como todos sabemos en Cuba hay una Unión de escritores, y a pesar de tantos escritores y artistas, y de tantos obreros y campesinos, en el exilio, en las cárceles, en los campos de trabajo forzado, ritualmente se celebran congresos de escritores, o de funcionarios que escriben. Tratándose de un régimen totalitario no de una dictadura, me parecería aun más pueril plantearle a C lo que se planteó a P. No creo que a ningún escritor cubano en el exilio se le ocurriría tamaña ingenuidad, porque tendría que estar dispuesto a una participación dócil, servil, y eso solo interesaría a quienes a cualquier precio buscan un premio, la edición de un

libro, o una plaza en un *college* norteamericano.

Pero he aquí la sorpresa que ya no sorprende a nadie. El disco rayado que nunca dejaremos de escuchar. Un caso que fácilmente cabría en el **Créalo o no** de Ripley. Hay unanimidad en los escritores latinoamericanos del exilio acerca del caso chileno y lo injusto y trágico-burlesco que resultaría la celebración de un congreso de escritores en ese desdichado país. Pero hay entre estos mismos escritores algunos que no solo justifican o dejan sin comentarios la permanente e inapelable exclusión de los cubanos exilados en los congresos habaneros, sino que sugieren, buscan y a veces logran la exclusión de los escritores cubanos exilados de los congresos sobre el exilio celebrados en países democráticos. Y yo pregunto ¿cómo? ¿por qué? ¿exactamente quiénes, cómo, qué son esta gente?

Nada de lo que he dicho es un secreto. No falta información ni falta inteligencia. No son necesarias estas lecciones ya tan diestra y siniestramente aprendidas por algunos compañeros del exilio. No se necesitan más eruditos ni más diplomáticos ni más profesores. Se necesita un poco de dignidad, una dignidad sin tantos y tan turbios compromisos.

El exilio—los exilios latinoamericanos—ineludiblemente nos llevará a confrontar una crisis moral, crisis que unos padecen y otros gozan. Los escritores latinoamericanos de la diáspora debemos todos exigir que nuestra historia sea escrita sin borroneos. Que los políticos y quienes se han entregado servilmente a la manipulación de los políticos sigan jugando con pésimas y falsas opciones: C y no P, o P y no C. Queda una alternativa más digna y esa alternativa es buscarla.

Al concluir estas innecesarias lecciones recuerdo unas palabras de Karl Kraus que impresionaron profundamente a Schoenberg y a Kandinsky. Nos conviene escucharlas: "Si me veo obligado a elegir el menos dañino de entre dos males, no elijo ninguno." Por no poder ni querer elegir entre dos males estoy aquí. Lamentablemente, afortunadamente, guste o no guste, yo estoy aquí. Y ustedes, ¿dónde están?

El evangelio sadiano

Ernesto Parra

El tema de la transgresión, el universo libertino que de su vida Sade ha

hecho patente en su *discurso*, supone una expresión de libertad equiparable por sus posteriores influencias y marcado radicalismo, al movimiento surrealista.

Si bien es verdad que hasta las novelas de Dorat o Crévillon no existe una flagrante defensa del vicio y un expreso alejamiento de la virtud, tampoco se debe identificar su narrativa con un preludio sadiano. Lo que para Dorat y Crévillon supone una fabulación de divertimentos, para Sade es una *filosofía* propuesta en sentido opuesto, sistematizada hacia la aberración del vicio, después de haber expuesto su *ironía en Justine o las desdichas de la virtud* y su *mayéutica en Juliette o las prosperidades del vicio*: "No quiero hacer amar el vicio . . . para conseguirlo, he hecho tan espantosos los personajes de mis héroes que siguen la carrera del vicio, que es seguro que no inspirarán ni piedad ni amor; eso me atrevo a decirlo: soy más moral que quienes creen permisible embellecerlos."² La propuesta sadiana considerada objetivamente, y prescindiendo del reduccionismo lacanian (para el que las novelas de Sade son textos hueros y teatrales, algo así como el amor del paranoico) es la *oferta* más atrevida y peligrosa de *escritura* en los dos próximos siglos, capaz de producir un mito y sus vestales: Apollinaire, Breton, Blanchet, Bataille, Klossowski, Barthes, Octavio Paz, Maurice Heine o Lely.

La *propuesta revolucionaria* del discurso sadiano manifiesta la *necesidad* de superar esa "oposición fundamental entre el desencadenamiento de las pasiones y la conciencia" que apunta Bataille,³ y que Sade *traduce* en su existencia como la "opción ininterrumpida" basada sobre el egoísmo de sus propios "caprichos" (más telqueliano, pulsiones), consecuencia no eludible y cósmica al devenir esquizofrénico del Marqués.

Solitario y poderoso, como Artaud y Van Gogh, Sade *elige siempre* sobre sus propias reglas, *lugar común* donde impone sus códigos (uno, en realidad, y unívoco) sin reparar en las consecuencias, *que no caben* en los presupuestos del libertino, en su *espacio* inviolable e inaccesible como el de su soledad; reglas ya articuladas en **Los 120 días de Sodoma** y desarrolladas con esencial magnitud en **Justine** y **Juliette**: moral del libertino que es, en definitiva, una elección más.

Irrevocable sentido de la autodestrucción, tan obvio como el perfeccionado (de *dentro* "hacia fuera") en los cosmos de Rodez y Auvers-sur-Oise. Explicado, igualmente, en las apocalípticas correspondencias de *tous les trois*.

El espíritu de Sade en su obra es el de